

Todo Turín la conocía, según me dijo el joven. La nombró: doña *Quijota* ó *Quijotina* era su apodo. Su marido era ingeniero, rico propietario, y ella causaba su desesperación.

—¡Es una medio loca, una exaltada, como si dijéramos. ¿No recuerda usted haber oído su nombre, hace cuatro años, cuando se vió el proceso de Borgo Nuovo, en que un marido y una mujer mataron á su hijo? Pues esa es aquella señora que un día, al salir de las sesiones de la Audiencia, quiso sacar los ojos á los dos cónyuges, entablado una lucha con los que custodiaban á los procesados, lucha que la obligó á guardar cama. Durante todos los debates de aquel proceso no se habló más que de ella y de sus declaraciones apasionadas. Es un alma volcánica, una especie de Santa Francisca de Asis, que poseída de una furia de beneficencia, está en perpetua lucha con su marido, porque de satisfacer su mujer todos sus deseos benéficos, acabarían por entregar al Hospicio público toda su fortuna. Es conocida de todos los pobres de Turín, forma parte de todos los comités de socorro, es protectora de todos los niños atormentados, de los rocinantes, de todos los gatos callejeros, y es también una eterna víctima de la hipocresía y de la mentira, porque cree en todas las miserias y enfermedades de sus semejantes. Es capaz, en un acceso de caridad, de quitarse el manto en mitad de la calle para echarle sobre los hombros de una anciana y de llevar á su casa un muchacho esmirriado que encuentre en cualquier callejuela. Raro era el día en que no hiciese alguna de las suyas. El día primero de año la había

visto el pintor, en un tranvía, quitar de la mano de su hijo un hermoso juguete para dárselo á un muchacho pobre que no apartaba de él los ojos, y bajar rápidamente del tranvía para comprar otro á su hijo. Su marido temblaba cada vez que la veía salir de casa, pero sin embargo, estaba enamorado de ella. Llámamla Quijotina, y sería muy hermosa si no tuviese siempre ese rostro alocado, y si anduviese con más mesura. Es un buen tipo para usted que describe escenas del tranvía. Es mitad socialista y mitad santa, una socialistoide, como ahora se dice.

En tanto que mirábamos á nuestra jovencita, empezó el pintor á hablarme de la señora de la *combinación* que había visto tres días antes en el ángulo de la carrera Oporto, haciendo señas de parar el tranvía del Foro Boario. Pero, según me dijo, no había sabido nada acerca de ella y, por otra parte, no se ocupaba gran cosa de tal asunto.

—Ahora,—dijo,—viajo con otro objeto. Busco mujer,—contestó.

Creí que bromeaba, pero lo decía muy en serio y continuó explicándose así:

—Mi padre quiere que me case. Hace tres meses que durante todas las comidas no habla de otra cosa, y me amartilla los oídos con su eterno *ritornello*. Se comprende, soy su hijo único... Por lo demás, me inclino también á su parecer; estoy cansado de esta vida imbécil.

Quería saber por qué buscaba mujer en los coches de la Belga ó de la Turinesa, y se lo pregunté.

—Es una idea propia,—contestó pausadamente.

—Se trata de un caso de familia.

Y me contó que treinta años atrás, un tío suyo, un poco extravagante, pero un diablo lleno de dinero, atormentado continuamente por su madre, que quería de todos modos que se casara, perdida la paciencia, un día le contestó:

—Bueno; pero yo no soy capaz de buscar una mujer y me caso con la primera muchacha que me encuentre.

Y dicho y hecho: había tomado el sombrero, había salido á la calle, había seguido á la primera muchacha con quien se topó, que era una maestra de un asilo infantil y sin un cuarto. Se casó y había sido afortunadísimo, porque su mujer fué después una madre ejemplar que le había hecho feliz.

—Y luego,—añadió,—¿qué es lo que hacen los otros? Concurrén á los salones y buscan entre las familias conocidas. Pues bien: los coches del tranvía, vienen á ser una especie de salones movibles, y también en ellos se encuentran familias. Estoy resuelto. No sé en qué línea la encontraré y si en un coche cerrado ó si en una jardinera... Pero esto no importa; estoy cierto de que he de encontrarla en la red. Mi destino dependerá, probablemente, de un billete de diez céntimos, como para algunos la fortuna depende de un billete de lotería. ¿Cree usted que seré el primero?

—¡Quién sabe cuántos matrimonios se han decidido en los tranvías!

Aquí cesó de hablar para decirme:

—Mire usted allí... Ese es un modelo de eróticos.

Era un pobre hombre encorvado y reseco que usaba unos bigotes cortados á punta de tijera y llevaba una flor en el ojal. Iba sentado entre dos señoras, casi ahogado entre sus mangas enormes como entre dos almohadones, y se las arreglaba de modo que quedaba más ahogado todavía, mostrando en los ojos medio cerrados un aspecto humilde y una dulce beatitud.

—Muchas veces,—me dijo el pintor, observando al hombrecillo,—este prójimo, jugando con las manos bajo la protección de las capas de las señoras, se entretiene en tocarlas las rodillas. A veces encuentra algunas señoras tímidas que, para evitar un escándalo, no se atreven á protestar de tales manipulaciones, y hacen como si no las advirtieran, pero otras veces es menos afortunado y entonces se arma un cisco. Es un juego de azar. Entonces me acordé que años atrás, el tipo de ese viejo había sido poco menos que epidémico en la ciudad, y me acordé también, de que muchos de los sujetos que se le parecían habían acabado por llamar la atención de la policía.

En tanto me decía esto, al entrar en el tranvía en la plaza del Estatuto, una señora que había subido hacía pocos momentos y se había quedado en pie apoyada en la parte delantera, mirando hacia el interior, llamó mi atención. Llevaba vestido negro, con dos grandes plumas de avestruz en el sombrero, su elegante silueta se dibujaba claramente sobre la sombra del monumento del Fréjus y su cabeza empenachada se destacaba mejor todavía sobre la blancura de los Alpes, que cerraba el vano

superior de la puerta. Aquella figura negra y esbelta, destacándose sobre la claridad del horizonte luminoso, era bellísima.

—¡Oh! que hermoso cuadro,—exclamó el joven con rapidez.

—Fíjese usted,—dije,—fíjese, porque ese podría ser el encuentro decisivo.

Movió la cabeza hercúlea y contestó con su seriedad ingenua de muchachote:

—No, no me parece que debe ser esta la línea de mi encuentro.

Y cuando bajé, me hizo todavía un signo negativo sonriendo y como queriendo decir que aquel no era el encuentro decisivo.

*
* *

Fué en aquellos días cuando se interrumpieron mis queridos estudios de una manera breve, pero que me contrarió bastante. Entonces era precisamente cuando empezaban á usarse los anuncios en el exterior de los carruajes del tranvía; dentro hacia ya mucho tiempo que estaban admitidos. Inscripciones y figuras pintadas sobre los cristales, cartulinas litografiadas, avisos de todas formas y colores invadían el techo y las paredes y hacían el efecto de un vocerío discordante, importuno, en el cual parecía dominar un concierto de ofertas y de invitaciones como si todas aquellas cosas y palabras inmóviles se convirtiesen en personas pensantes y animadas; como si todos aquellos letreros trataran de calzaros, vestiros, enjabonaros, perfumaros,

haceros cambiar de casa, tomar abono á un periódico ó emprender una cura hidroterápica. Había que añadir á estos, en aquellos días, otros anuncios de gran extensión pintarrajeados en el techo del coche, abigarrados, con los colores todos del arco iris y con inscripciones blancas y negras en caracteres gruesos, verdaderas muestras de posada y almacenes, legibles á cien pasos de distancia, molestas á los ojos, como una gritería discordante á los oídos, y desentonando del color general de la calle, como gritos agudos en un concierto de voces remisas. Indignéme de que el Consejo comunal hubiese permitido aquella ofensa al buen gusto, y de que se permitiera en el tranvía como se había permitido, más bárbara y gravemente todavía, en los telones de los teatros. Durante algunos días sentí verdadero horror contra aquel crimen artístico. Al subir á un tranvía parecía que se entraba en un bazar, donde debiera comprarse por fuerza algo y salir de él con la colección de paquetes en la mano. ¡Oh, pobre poesía! Admirar el perfil poético de una hermosa muchacha sobre el cristal que anuncia píldoras laxantes; ver dos jóvenes enamorados que se dan una cita idílica bajo el anuncio de una casa de comidas; dejar volar la imaginación al ver que una señorita de gentil aspecto mira con los ojos en alto, como si advirtiese el perfil del dios Heros en la imaginación, y encontrarse con que lee el anuncio de una nueva pomada para el pelo. ¡Oh feo furor de los anuncios que invaden, recuerdan, atraviesan, envuelven y recubren todas las cosas! ¿No parece que se acerca el día de ver un anuncio de aguas minerales ó de licores reconstituyentes so-

bre la frente de las estatuas y sobre la tela de las banderas? Pero el estómago civil es tan grande que acaba por tragárselo todo. La insolencia creciente del anuncio, como sucede con todo, atenúa la curiosidad agradable que despertaba en el público la primera aparición discreta. Primero me enteré, luego me pareció indiferente tanto anuncio, y después, poco á poco, casi me gustaron aquellos anuncios escritos, rojos, negros, celestes, verdes, que volaban por todas partes como estandartes desplegados al viento y me recordaron aquellos muros de las puertas en que los locos pegan á las paredes cuantos papeles de color é impresos caen en sus manos. Y aquella jaula volante que, por dentro y por fuera, con palabras, colores, dibujos, frases de beber, comer y leer, que dan consejos higiénicos é invitan á consultas médicas gratuitas, é incitan á las carreras, á las regatas, á las carreras ciclistas, al juego de la pelota y á las exposiciones artísticas, acabará por gustarme, como una viva y extraña creación del espíritu de una gran ciudad fin de siglo, oprimida por los hechos, enardecida por los caprichos, obra de escándalo y de ruido, ansiosa de placer, atormentada de impaciencia y enloquecida por el afán y furia de matar el tiempo y de hacer transcurrir más aprisa la existencia.

*
**

Pneumatici Dunlop originali: Hé aquí un anuncio que no olvidaré jamás; le veo todavía pintado en caracteres blancos sobre un fondo rojo, como le ví algunos días después de mi encuentro con el pin-

tor, en el primer coche que pasó durante la mañana por la plaza del Estatuto. En aquél encontré á mi buen Giors, que procuraba en vano tararear la *arietta* de la *Carmen*, alegre como un pájaro. Y encontré también de pie junto á él, con un saco inseparable, á la pobre anciana de *Pozzo di Strada* que no había visto desde el último día de carnaval, más triste todavía, más ensimismada que la última vez. Subió juntamente conmigo á la plataforma anterior un joven rubio que trabó en seguida conversación con un caballero acerca del ataque que habían dado los derviches al monte Mocram. Siempre recordaré que dentro había una señora anciana, un guardia municipal y dos caballeros. Era aquella hermosa mañana limpia y fresca; la brisa agitaba un mechón de cabellos grises sobre la frente de la vieja que, según su costumbre, miraba los pies del cochero con los ojos entornados, sin cuidarse para nada de cuanto pasaba á su alrededor. Parecióme más diminuta todavía que la última vez, como si pudiese caber en el puño de un muchacho. De seguro que no debía pesar mucho más que el saco, y aquella mañana apenas respiraba, no se daba cuenta de sí misma. Y pensaba, pensaba. ¿Pero qué debía pensar aquella frente dolorosa que no parecía sino que llevase en su centro la marca de un hierro invisible? ¿Cuál era el pensamiento implacable que tenía encorvada aquella cabeza como si la mano poderosa de un gigante se la hiciera doblar sobre la nuca?

Los dos caballeros que charlaban acerca del asalto de los derviches, acabaron por hablar del viaje del soberano de Alemania á la costa de Italia, y el

de más edad decía que indudablemente era aquella «una gran cosa», una «atención» que «realzaba nuestro prestigio» después de la batalla de Adua. El joven, después de hablar de la batalla, desdobló una hoja grande de papel y la enseñó á su vecino.

Era una fotografía que representaba el campo Abba Garima; veíanse las montañas del fondo coronadas por las hordas abisinias y llenas de humo; los cañones inflamados que vomitaban fuego; desde una altura sobre otra menores torrentes de hombres armados precipitándose desde las rocas, y en primer término, una confusión feroz: un grupo terrible de fuerzas de artillería y de caballería, de muertos y heridos, y de italianos con los rostros demudados, luchando cuerpo á cuerpo con las lanzas, con la daga y con el revólver, sangrientos y feroces, dando sin saber dónde y derramando sangre por todas partes.

Inclinando la cara hacia la lámina advertí maravillado que estaba junto á mi brazo la cabeza de la anciana que, saliendo de su inmovilidad de estatua, procuraba ver como yo veía. El joven, cortesmente, acercó hacia la anciana la fotografía y la puso bajo sus ojos, diciéndola:

—La batalla de Abba Garima.

Ella observó un momento con las pupilas dilatadas, luego contrajo el rostro cerrando los ojos y enseñó las encías sin dientes. Y en tanto que me preguntaba yo por qué sonreía la anciana ante la vista de aquel horrendo cuadro, se cubrió el rostro con la mano y dió rienda suelta á un torrente de lágrimas que me hizo estremecer. Volvimos el rostro hacia ella, y tomándola uno por una mano y otro por un

brazo, preguntámosla con interés qué era lo que tenía. No pudo contestar de momento. Después, entre grandes sollozos, dijo:

—Tenía un hijo...—y apoyando un brazo sobre la barandilla de la plataforma dejó caer la cabeza sobre el otro brazo con ademán desesperado, sollozando cada vez más fuerte.

Y fué inútil tratar de consolarla: ni el buen Giors, con su mano vigorosa, consiguió hacerla levantarla frente, que estaba como enclavada sobre el brazo apoyado en la barandilla. Los sollozos se sucedían violentamente y todo aquel pobre cuerpo encorvado estaba sacudido por un llanto infantil que parecía que no iba á cesar nunca. Vertió aquella mujer todas las lágrimas contenidas durante cinco meses, como si toda su vida estuviera concentrada en los ojos, y entre gemido y gemido repetía una palabra que sonaba con acento remiso y dulce, con el acento que emplea una madre cuando habla á su hijo en la cuna, una palabra que no comprendíamos y que se conoce que la había repetido ella muchas veces:—*Giacolin*—nombre del soldado.

¡Pobre madre! Horrorizaban mucho más sus lágrimas y acusaban con mayor fuerza que todas las injurias que los diarios italianos lanzaban en aquellos momentos contra el Gobierno.

Al cabo, Giors consiguió levantarla la cabeza y obtener alguna respuesta. La verdad es que nadie le había dicho que su hijo hubiese muerto, nadie se lo había anunciado, pero el corazón le decía que había muerto y que no le vería más.

—¡Qué dice el corazón!—exclamó Giors conmovido. —¡Pobre mujer! Si no lo sabe de cierto... estará entre los que vuelven; de fijo que le encontrará entre los nombres que vienen en los periódicos.

Pero no; el párroco le había leído el diario y el nombre de su hijo no estaba...

—¡Qué párroco, ni qué diario... no puede entenderse nada en esa confusión! Dios sabe los que se han olvidado... dentro de algunos días quizá vuelva... Vamos, *madre*, es preciso no desesperarse... Estará entre los prisioneros.

Pero la mujer soltó de nuevo el torrente de su llanto. Prisionero quería decir para ella hambriento, torturado, sepultado vivo, peor que muerto.

—¡Demonio de mujer!—repitió Giors.—...Espere un poco... todos los días vuelven hombres, soldados y oficiales... también volverá Giacolin... Todas las madres tienen la manía de no volver á ver á sus hijos y luego llegan.—Después exclamó bruscamente:—¡Vaya, no lllore tan fuerte, diablo, que se espantan los animales!

Ninguno de nosotros se atrevió á decir una palabra. El joven había desgarrado y lanzado á la calle la fotografia, la anciana continuaba llorando silenciosamente con el rostro entre las manos y parecía más desesperada, inspiraba más compasión al contemplar aquella multitud numerosa, tanta gente que pasaba y se agitaba sin cuidarse de nada. Al llegar á la esquina del Veinte de Septiembre, la anciana tomó el saco entre las manos y bajó. Giors paró los caballos y trató de silbar un trozo de la *Carmen*, pero apareció de súbito una lágrima en sus mejillas,

y pasándose la mano sobre los ojos exclamó con voz ronca:—...¡Cochina guerra!

*
*
*

Durante muchos días, en todos los coches de todas las líneas, ví, con los ojos de la imaginación, aquella pobre anciana, encorvada sobre la barandilla de la plataforma, con el pañuelo de la cabeza suelto y el pelo gris flotando al viento, sacudida de la cabeza á los pies por el estremecimiento que produce la desesperación; y me pareció más trágica la imagen de aquella pobre infeliz, viéndola entre el concierto amoroso de la naturaleza que se manifestaba en todas partes, en la savia de los árboles, en los botones de las flores, en las caricias del cielo y en los ojos de las muchachas. En la plataforma de los tranvías, siguiendo por los siete hermosos paseos que forman un cinturón al centro de Turín, y por las vías que corren á lo largo del Po y de Dora, se aspiran mil efluvios sutiles, una mezcla de fragancia ligerísima, de hierba fresca, de tierra removida, de campo abierto, y se reciben en la frente y en el cuello caricias mórbidas del aire, que parece movido por un invisible abanico oloroso, que lleva en sus alas los perfumes delicados y puros de bocas virginales, que hacen renacer en el ánimo por breves momentos esperanzas rosadas, recuerdos queridos de la niñez, simpatías olvidadas, propósitos juveniles de bondad, trabajo y vida, recuerdos lejanos de giras, de fiestas campestres y de hermosos sueños tenidos en días felices de la edad más bella.

Se muestra el vivo influjo de la primavera en el caballo, más ágil, en el cochero, más alegre, en el conductor, más cortés, en el modo de subir y bajar los viajeros, en el modo de saludar de las gentes más listas y más amables, en los adornos más hermosos y vivaces que llevan las señoras en sus sombreros, de los cuales la corriente de aire que circulaba por las jardineras abiertas, agitaba plumas y flores, llevando al rostro de los pasajeros que iban de pie en el fondo, las ondas de perfumes confusos de chipre y violeta, y los olores más puros é intensos de la juventud femenil.

Durante aquellos días una nueva belleza aparecía cada mañana en los carruajes: muchachas vestidas de blanco que contrastaban en el interior de los bancos entre las otras gentes, como contrastan los lirios y camelias blancas entre un mazo de flores oscuras ó de hojas verdes. Aparecían esas figuras juveniles en todas las jardineras, cubiertas con un velo blanco, al través del cual veíase bajo una cabeza coronada de rosas y margaritas unos ojos azules, bocas purpúreas, rostros infantiles que hacían contraste graciosísimo con la compostura grave y recogida de aquellas menudas personas, muy tiesas sobre los bancos, con las manos cruzadas sobre las rodillas. De uno á otro lado de la plaza, de uno á otro lado de la calle, á pie y en el tranvía, se advertía el blanquear de aquellas infantiles anunciadoras de la Pascua y de su blancura, resaltaba la idea de los esponsales celestes y del estado de gracia que se encontraba en aquellos grandes carruajes que transportaban intereses mundanos y pecados mortales.

¡Oh *Carrozza di tutti*, pequeño espejo del mundo que recoges y aproximas los extremos más lejanos de la sociedad y de la vida! Algunas veces como esta, tan triste y tan entusiástica á la vez, ¿cómo podría verse fuera de tí lo que yo he visto durante esos días?

En dos días de lluvia habían salido los carruajes cerrados, pero el sol se esclareció de nuevo y hacia las once de la mañana del último día de marzo, subí al tranvía de la línea Viali en el momento en que paraba en la plaza de Beccaria y á punto de partir para Porta Palazzo. Había tomado asiento dentro una señora sola á quien veo todavía en mi mente como si la hubiese contemplado durante mucho tiempo en un viaje á través del Océano. Su sombrero arrugado y obscuro tenía un tinte negro mal dado, y esta circunstancia le hacía aparecer más viejo y arrugado. Su rostro triste en el cual, debajo de dos arcos negrísimos pintados por una mano temblorosa, aparecían adormecidos dos ojos blancos y turbios, unas mejillas flácidas y una boca amarga y contraída por una sonrisa habitual que parecía forzada y casi muerta como la de una máscara, ya que la luz de la mirada no le acompañaba. Si aquel rostro no hubiese hablado con bastante claridad hubieran desaparecido todas mis dudas con el aspecto del tocado: una cinta azul que ceñía el cuello, caía sobre el pecho que un día fué alto y que hoy estaba hundido y se sostenía merced á un artificio de ballenas del corsé; las flores medio marchitas que llevaba sobre el pecho y que aumentaban la expresión de tristeza y de vejez precoz de

las líneas de su rostro en las cuales parecía leerse un sentimiento de sordo rencor y de envidia que guardara contra los fantasmas á los que sonreía habitualmente con su boca medio desdentada. Era una de aquellas figuras miserables para las cuales el velo luciente de la juventud transparenta con evidencia terrible y espantosa las abyecciones de la vida, y dentro de la cual la fantasía vé enseguida los cuartos inmundos del lupanar, cafés cubiertos por el humo del tabaco, tabernas con obscuridades siniestras y misteriosas, y camas en las que se advierten cuerpos embriagados y en que relucen los ojos de los heridos y relampaguean los cuchillos que empuñan las malas pasiones humanas.

Apenas partió el tranvía el conductor entró para entregarle el billete. Sacó la mujer con mano temblorosa una bolsita de lana verde y de ella arrancó, con mucho esfuerzo, diez céntimos, que el conductor tomó sonriendo. Llegado al final de la carrera del Príncipe Eugenio el tranvía paró, y enseguida se oyó un murmullo de voces argentinas, y subieron con alegría por una y otra parte del carruaje una porción de muchachas vestidas de blanco, acompañadas de dos señoras, que parecían maestras ó institutrices, y se lanzaron dentro del coche agitando sus velos transparentes, adornados con flores candidas, como una bandada de palomas con las alas desplegadas. Fué aquello como un soplo de primavera, como la luz del alba que de improviso alumbrara aquellas cuatro paredes y un vago olor de incienso de juventud, de pelo fresco, que parecía llevado por las ondas del aire. Eran las alumnas de

un pequeño colegio que habían hecho la primera comunión é iban á almorzar al campo. Las dos maestras ó institutrices quedaron sobre la plataforma; las alumnas ocuparon en un momento todos los puestos riendo y bromeando; la mujer del sombrero teñido y mal ataviada quedó entre ellas.

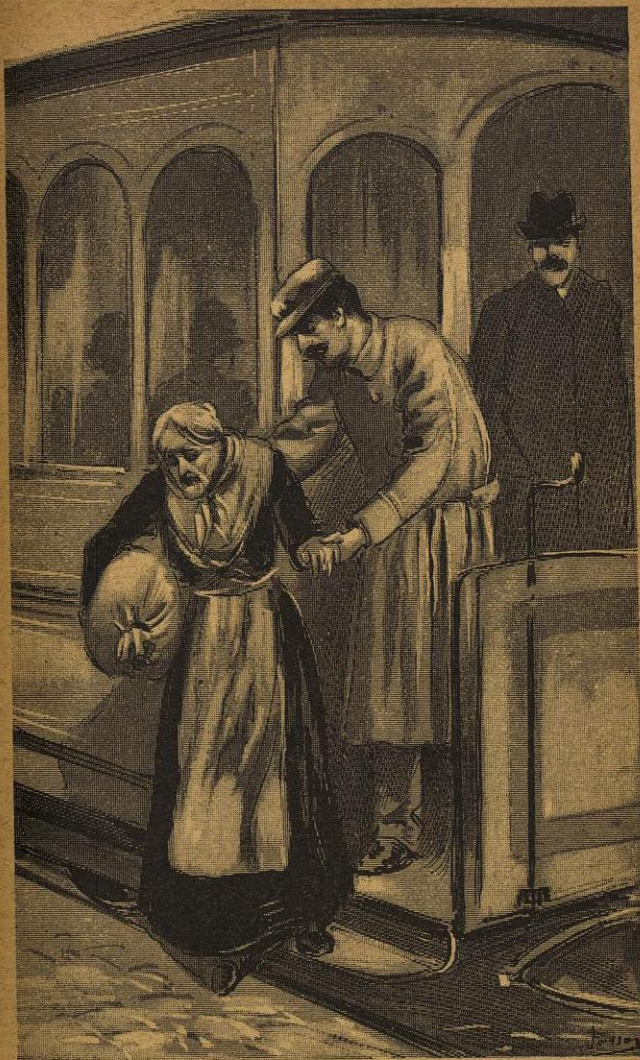
Y entonces presencié una escena indescriptible. El aspecto de aquella mujer llamó la atención de las más grandecitas que se pusieron á hablar en voz baja, y al observar su silencio callaron también las más pequeñas y naturalmente se volvieron hacia el sitio donde las primeras miraban, y todas se fijaron en aquella mujer, en aquella vejez prematura y enharinada, más horrible, precisamente, porque queriendo parecer más bella sobre aquellas ruinas de algo que fué un día, aparecía una máscara de la juventud y de la belleza. En el rostro de las más pequeñas dibujóse una expresión de estupor y como un esfuerzo de atención escrutadora; en la mente de las mayores una sospecha, una inquietud parecida á la que produce la vista de un insecto extraño y desconocido. Miré á la pobre mujer sola entre todo aquel candor de ánimo y de juventud, y ví en su rostro una ligera é instantánea contracción de los músculos, como la de una persona sorprendida al cometer un delito. Lanzó una ojeada rápida á las dos maestras, á mí y al conductor, pero no se atrevió á mirar de frente á las muchachas. Miró en sus manos el libro de oraciones y los zapatos blancos con una mirada velada y rápida, y luego, después de algunos momentos, viendo que duraba el silencio y la atención de que se sentía ob-

jeto, volvió lentamente la cabeza hacia atrás, apoyó la nuca, y como sobrecogida de pronto por un sueño repentino, cerró los ojos.

El conductor, que lo estaba observando con curiosidad, comprendió lo que le había pasado y me miró con aire de inteligencia.

Pero yo por mi parte sentí tal oleada de piedad hacia aquella infeliz, que me hizo desviar la mirada, como si con ella hubiese sentido que la traspasaban con un puñal á través de la madera en que se apoyaba.

En Porta Palazzo despertó bruscamente, y sin mirar á nadie bajó; las muchachas empezaron á charlar y á reir, y el tranvía tomó de nuevo su marcha, alegre y sonoro como una gran jaula de pájaros.



En el ángulo de la calle veinte de Septiembre, bajaba...